



EL APARADOR DE ZULEMA

DANIEL RONCOLI

EL APARADOR DE ZULEMA
Daniel Roncoli

 Planeta

La manzana de mi casa oscilaba, simultáneamente, en dos movimientos, uno centrífugo, el otro centrípeto. Al menos, crecí oyendo la historia de que el fondo de todas las viviendas se había vinculado entre sí por pasadizos ignotos y, en algunos casos, subterráneos. La comunicación extramuros superaba la excentricidad arquitectónica y explicaba una solidaridad subcutánea. La estrechez de las vinculaciones hacía hincapié en el trato físico, y en ciertas oportunidades no se precisaba tener contacto visual porque se manejaba la impostación vocal o el *bocinazo* para charlas ligeras a través de los tapiales. Los vecinos mayores habían elaborado esa cofradía cuando notaron que ya no les bastaba con darse una mano, con sentarse a tomar fresco en ese paraíso que se prolongaba desde la puerta externa hasta el cordón, con no entrometerse en los vericuetos insondables de cada clan o visitarse y, en un pacto secreto y tras cabildeos y elucubraciones, descubrieron lo que llamaron pomposamente y sin ningún reparo: *La fórmula de la felicidad*. El resultado de varias charlas entre los sabios de los terrenos delimitados por San Martín,

Libertad —que antes se llamó Buenos Aires, Miguel Irigoyen y durante dos años Eva Perón, pero que aquí denominaré siempre Libertad para simplificar el relato—, Belgrano y Rivadavia, se materializó en una poción con consistencia de unguento que se elaboró en la cocina del bar de mi abuelo Juan Pablo José Roncoli, la punta de lanza de un solar que funcionaba como lugar de copas, restaurante y Almacén de Ramos Generales en la esquina conocida en el lenguaje comercial como la «del pleno centro» de Cañuelas.

El invento, envasado en un frasco de tapa a rosca esmerilado, envuelto en papel rústico y sujetado por piolines de encomienda, debía circular de familia en familia, a través de los fondos. Mantenerse oculto en un sitio soterrado, fresco y seco, y rotar en un tiempo prudencial hacia otra vivienda, siguiendo un calendario elaborado por diferentes variables entre las que se evaluaba la cantidad de integrantes de cada hogar, la suma de la edad de los jefes de familia y el año de afincamiento en el lugar. Una vez que *la fórmula de la felicidad* pasaba por una vivienda, se debía atesorar el efecto levantando una pared, tapando el túnel o cegando la abertura que conectaba esa casa con la de sus colindantes. La unión por los patios y/o túneles dejaría de ser concreta en pos de la idea inminente del sentido de la intimidad, pero quedaría forjada a fuego en el plano espiritual como un mandato que apuntaba al respeto, la cooperación y la perpetuidad a través de la renovación del voto

por la continuidad que irían a asegurar los retoños de cada familia. También tenía un aspecto subalterno, transformándose en un antídoto para los varones de la tercera generación de aquellas familias, si como investigó uno de los grandes historiadores de Cañuelas, Don Lucio García Ledesma, en este territorio de pocas cuadras habían vivido, antes de que las localidades comenzaran a ser un bosquejo, los Carcamanes, una tribu reducida de originarios que nacían ancianos y comenzaban a rejuvenecer hasta que, al tener el aspecto de los diecisiete años y, tras parpadear, volvían a la veteranía. «Indios duros», me susurró Don Lucio. «Para que cayeran había que matarlos tres veces... Jamás pude escribir sobre ellos; cada vez que lo intenté los apuntes salían volando en ráfaga por la ventana, se transformaban en vahos de incienso o la tinta se petrificaba...». Con predominio de hombres, la dotación se dividía en los Glú Glú —Brujos a los que también identificaban como los Nísperos, ya que les costaba ocultar sus prominentes testículos— y en los Taumaturgos, en una grieta irreconciliable materializada en una zanja que los desunía: mientras los primeros, utilizaban sus poderes para propiciar enquistarse a partir de la sublimación individual sin importar ni los medios ni las artes empleadas, y sostenidos por la teoría de que quienes sobrevivían eran los más valiosos; los otros abonaban a un estado de gracia colectivo, afincarse en un dominio para traficar sanidad. Con estrategia, los Glú Glú primaron en una competencia de fuer-

za en la que tiraban de un lado y otro de un largo tronco reseco. Los perdidosos, corrieron hasta el infinito, los vencedores lo hicieron detrás pero con las palmas rasgadas y sangrantes, esparcieron una maldición contra el viento en una lengua inclasificable: «Es lo que supongo», me confió Don Lucio. «Un reto al destino de aquellos hombres nacidos acá, en tu manzana, más o menos un siglo y medio después de la organización del poblado... Pero así como no lo pude dejar asentado, tampoco lo puedo testificar en forma fehaciente. Lo único que me atrevo a decirte es que ganadores y vencidos huyeron con semejante vértigo porque sentían el pánico a envejecer, habiendo pasado ya por la experiencia de sentirse ancianos».

En el párrafo de la validez científica, el conjuro no ofrecía, según se especuló, hallazgos químicos y era por sobre todas las cosas un ideograma. No obstante, mientras *la fórmula* atravesó el proceso de envasado pasaron cosas milagrosas en derredor: una larga peregrinación de escarabajos que atravesaban el dintel de una puerta del boliche del abuelo se transformaron en botones de oro, el cabello de las muchachas de la cuadra creció de la noche a la mañana con un brillo y una lisura enceguedora, el mudo Solórzano volvió a hablar y el primer fonema que balbuceó fue la promesa de una *vendetta* al tiempo que un chaparrón furioso e imprevisto se largó de abajo hacia arriba. También se oían voces que emanaban de las profundidades, como si a grupos de fantasmas se les

hubiera dado por conversar debajo de la superficie. Claro que aquellos cañuelenses más impresionables —a los que sentirse visitados por espectros les provocaba insomnio— ignoraban que las voces brotaban de sótanos ubicados en esa parcela y que funcionaban en algunos casos como depósitos y en otros como habitaciones de servicio, a prueba de invasiones, guerras y tornados, constituyendo el entramado de los pasadizos entre algunas propiedades y que, en algún momento no muy remoto, habían servido como salones de juego con un *crack* de ultratumba, referenciado como Hilarión o la Saeta, de quien algunos decían que era descendiente putativo del primer Juez de Paz de Cañuelas, José Hilarión Castro. Este fulano, que llegaba a caballo desde los pagos de Domselaar, ataba su tobiano en el palenque de la esquina de Libertad y Belgrano y desaparecía, tapándose la cara con el ala del sombrero, por la entrada de servicio de una fonda gestionada por Alberto Martínez, que precedió al restaurante con pensión que el Vasco Heguiapal había tenido pegado a lo Garzón. Ya en posición sote rrada, el forastero competía por plata en un deporte genuino del lugar mezcla de tenis y de pelota paleta, y claro antecesor del paddle, las bochas, las pulseadas y las cinchadas de uno contra varios y, en una derivación rudimentaria del boxeo, de la que se retiró invicto tras dejar seco y sin signos vitales por algunos minutos a un peleador irlandés que había llegado en tren desde Monte Grande, le llevaba dos cabezas, poco más de treinta kilos y, al que sin demasiada ori-

ginalidad, apodaban el Inglés. También se utilizaban aquellos espacios para reuniones encubiertas, de espíritu subversivo, impulsadas por reclamos de justicia o que planteaban peligros de invasión territorial, hasta que nuestros mayores decidieron dejar aquella clandestinidad de a ratos, convencidos de que la mayor revolución que podían impulsar era la de emprender la epopeya de cimentar un proyecto de familia como primera célula de su comuna.

La ceremonia de transferencia del misterioso invento estaba regida por la confraternidad, ya que los resultados en apariencia comenzarían a apreciarse recién cuando el envase pasase por el seno de todas las familias de esas cuatro cuadradas y beneficiaría a las ramas más jóvenes. Ante la ansiedad de uno de los eruditos, en plena deliberación, poco antes de que el pase arrancara, mi abuelo lo domesticó con un ejemplo.

—¿Usted, apurado, Don Félix? ¿Sabe quién va a sentarse a descansar bajo la sombra de los pinos que acaba de plantar en el campo? Usted de seguro que no... Y mire cuánto tiempo les dedicó y con qué entusiasmo.

La interrupción de la circulación del paquete o el incumplimiento de algunos de los pasos establecidos, en cambio, habría funcionado como un antídoto, neutralizando su poder para los vecinos en su conjunto.

Cada tanto, nuestros antecesores eran alcanzados por la misma curiosidad que aún tengo y bus-

caban, a través de acciones alternativas, adjuar los perjuicios que podían llegar a no verse venir, sobre todo en aras de la leyenda de los Carcamanes. Otros, los más pesimistas, imploraban recaudos por si el contrato de translación era abortado sin que los demás se enterasen, por la irresponsabilidad de un ale-daño. Por todo esto, y por medio de Honoria, una mujer que era la paz corporizada, con su voz sedativa, la piel del aceite de los olivos y una precoz melena canosa, que se apuntaba el puchero por colaborar con el planchado en casas del barrio, apareció en la consideración de los precavidos, Enero Moscato. Y si bien el curandero era de buen tomar, aquel no era un sobrenombre paradójal a semejante apellido, se llamaba así —a muchos habitantes del estaño, siguiendo el calendario del hemisferio sur, apodaban «Enero», para rematar diciendo «No tiene un día fresco»—. Entre los más incautos, Moscato impuso una prenda íntima que era capaz de proteger a los viriles. Se trataba de un calzoncillo verde que colocado y sin lavar guarecía al portador y que colgado de manera perenne en la soga de la ropa protegía, como sentenció con retórica policial, «a todos los masculinos» del hogar.

Siempre quise saber qué pasó con el atadizo de *la fórmula* y cuál había sido el criterio de su circulación, información de la que presumí durante algunos años por una deducción de lógica práctica, luego puesta en sospecha por la incorporación de las primeras experiencias de vida. Descubrí detrás

de un cartón de Alpargatas, en el que mi abuelo dibujaba tipejos idénticos a los de las láminas de Florencio Molina Campos —aún antes que Molina Campos—, escritas en el sentido contrario al de las agujas del reloj, el nombre de todas las familias que en ese momento habitaban el barrio. Conjeturé entonces que seríamos los últimos en cumplir el ritual, siempre y cuando tomáramos como referencia el punto de vista del despachante del Almacén. Si mirábamos el dorso del almanaque desde la posición de un cliente, como es obvio, el sentido de la rotación debería haber tomado el rumbo adverso, lo que no tenía por qué modificar nuestra condición de postergados. Para evitar teorías y tras entender que —casi— todo en la vida depende de la óptica desde que se observa, me largué con la memoria y el remo de los relatos orales a dar la vuelta a la manzana en una gesta de lo empírico contra las amarras mutiladas de los que por comodidad o escepticismo decidieron permanecer en la ignorancia.

Los dibujos que hacía mi abuelo no eran producto de su imaginación. Más bien, representaban el catálogo de algunos de sus clientes, como aquella vez que coincidieron en su boliche Mercurio, un bandido de los andurriales de apellido Arriola que, por pernoctar en la Fonda El Pato —donde había sabido dormir Juan Moreira—, creía haber recibido por ósmosis ese coraje, y un antagonista al paso, Rubiales, quien venía remontando los caminos de tierra desde la zona de Trenque Lauquen con dirección al oeste,

con destino a Merlo, en la provincia de Buenos Aires. Los forajidos, ataviados de gauchos, se reflejaban en el filo de sus nerviosos cuchillos, que habían sacado de entre sus ropas como verdaderas centellas del empuñe. En las hojas filosas, espejadas, podían verse las facciones caricaturescas, las cejas tupidas y los bigotes profusos de pelo duro de los contendientes. Si Juan Roncoli no hubiera impuesto la ley del desarme —para alegría del suboficial Juan Cañete, un parroquiano que no tenía ánimos de intervenir en disputas sin razón—, es probable que Mercurio y Rubiales hubieran dirimido sus diferencias descerrajándose disparos o tumbando botellas de los estantes a puro balazo, pero no, el abuelo tenía una suerte de guardarropas donde los pendencieros depositaban, sin chistar, sus armas de fuego, antes de pisar el salón principal, lo que me hace suponer que en este tiempo Juan Roncoli no hubiera colocado wifi y, para promocionar la charla imperdible, hubiese utilizado ese apartado para que se obligaran a dejar allí sus teléfonos móviles. A falta de mayores preocupaciones, los criollos discutían por la humedad y su incidencia en el dolor óseo, cuando desenfundaron sus armas blancas. En pleno apogeo de esa esgrima de proximidad, el abuelo, repasador en el antebrazo derecho y alpargata con suela de sogá empuñada en su mano izquierda, los disuadió y los empujó a la calle, en tanto Cañete, confiado en las artes del bolichero, observaba la acción a través de un espejo, sin girar, mientras concluía su aperitivo Chinato Garda.

«Los redujo con el calzado pero después los tiró a la principal, levantándolos del fundillo del pantalón, donde nace el culo», acotó Cañete al reseñar sus memorias mansas de un siglo de vida con un solo detenido en su foja, para rematar: «Después, sin espiar por el ventanal, les devolvió sus pistolas Montecristo, revoleándoselas hacia la vereda. De avergonzados nomás, se disipó la bronca y se alejaron cada uno en sentido contrario al otro, dándose la espalda». En efecto, los protagonistas de la pulla se alejaron por la avenida central de la traza del pueblo: Mercurio eligió caminar en longitud hacia el noroeste; Rubiales dio cien pasos hasta donde había atado su zaino y cabalgó, sin cambiar el sentido, con dirección al sudeste. El abuelo murió joven y sus andanzas son telarañas en un retrato en sepia perdido en algún anaquel de un recuerdo galponero que jamás logró objetivar.

Sin apetencia de espoilear el proceso íntimo y confidencial del rito barrial pero dispuesto a ser honesto con el pulso que tomó la investigación, en un momento aciago, en el que me hallaba empantanaado, se me dio por inventar *el dron*, y trepado a los techos de la cuadra, aún a riesgo de perderme todo lo que podría haber ido por debajo de las baldosas. En una visión panorámica aérea descubrí una vertiente firme y lineal de comunicación entre el local de la Mueblería de Nosedá, ubicado sobre la calle Belgrano y los talleres de carpintería de los Nose-

da, con vista frontal a San Martín, casi en simetría en dos lados paralelos entre sí del cuadrado catastral identificado por los agrimensores como N° 61. Esta observación, pese a la parcialidad, me permitió una referencia para intentar un diagnóstico temprano: al mantenerse los fondos de esas residencias y galpones desprovistos de vallados, el frasco debe haber recorrido tan solo media manzana, lo que daba explicación a algunos cataclismos que habían ido ocurriendo. Mi hipótesis tomó cuerpo cuando, luego de trascender el blindado coqueto del peinado de peluquería de Zulema Heguiapal de Nosedá, y ante mi pregunta directa y sin vacilaciones sobre el destino del paquete que contenía la *fórmula de la felicidad*, me observó desde atrás del mostrador de la mueblería con un brillo risueño en los ojos, se llevó a su cara ese dedo índice curvado de la mano diestra y se tapó los labios, mirando de soslayo un aparador de dos puertas con vitrina bastante más alto que ella.

Ese ducto de comunicación interna entre los dos polos que contenían a varias capas de la familia Nosedá, el de producción y el de ventas, se transformó en una ruta de infancia: entrábamos por el local y nos íbamos por una puerta de costado hacia un pasillo que nos depositaba luego de andar en el amplio ámbito de la carpintería, con esa excitación que provoca lo prohibido como sinónimo de desacato. La travesura no era validada por los mayores ya que en el taller constituían un peligro las grandes poleas de las maquinarias y sus afiladas sierras. Por su amplitud, sus

gruesas paredes y sus techos altos el lugar siempre me remitió a la frescura. También tenía algo sacro: por cómo entraba la luz natural y por su acústica; atravesar el ámbito, sobre todo durante la siesta, era como correr por el interior de la Capilla Sixtina. Los residuos de la viruta que se nos adherían a las medias o botamangas, solían delatarnos. En esos laberintos también descubrí cosas que desde lo alto no alcancé a percibir: como si fuese la rama de un árbol que crecía hacia la derecha, un caminito unía las cabeceras con el patio de otra de las Nosedas, Nélide. La puerta de su domicilio enfocaba hacia la calle Rivadavia, línea de casas donde habían vivido sus papás y donde también había funcionado la carpintería antes de recalar en 1952 en su altar dorado. También había acceso al garaje con portón a Belgrano. Y para el otro extremo, los senderos íntimos se vinculaban con la casa de Zulema, que luego fue la vivienda de casada de Norma, su hija, Oscar, su marido, y los hijos del matrimonio, Silvina y Christian, todo articulado sin necesidad de asomarse a la vereda.

En esta organización, Zulema, por temperamento y carisma personal, era la líder, facultades que desplegó una vez que enviudó, hacia la faz comercial. En medio siglo de trayectoria fue, no necesariamente en todas las etapas, la máxima referencia del establecimiento, porque antes del retiro se diversificó hacia otras actividades y delegó la conducción, por momentos, hasta que transfirió el fondo de comercio a sus dos principales laderos.

La suya era una presencia vivaz y alegre, de relación frecuente con los jóvenes a través de su participación activa como madrina y compinche de adolescentes y posadolescentes en los clubes de servicio INTERAC y ROTARAC, se codeaba con cientos de barras de muchachos y muchachas de distintas generaciones porque, además, ampliaba su vida social a los boliches y confiterías de moda, ajena a los prejuicios y erigiéndose en una auténtica viajera del tiempo. Nunca fue mayor, a lo sumo Zulema tuvo una juventud repleta de años.

La elegí como referente de mi curiosidad porque, habiendo nacido el 5 de octubre de 1912, pobló noventa y siete años de absoluta lucidez —un tropiezo y su posterior caída, la obligaron a transitar los noventa y ocho, su último año, sin poder pasar el motor a nafta—, lo que la erigía en la aguja brillante que enhebraba todas las etapas de mi barrio, desde su conformación hasta la modernidad, tras haber pasado sus primeros años en el campo, sobre una huella, detrás del Barrio Libertad, cerca de la Escuela n°18, en dirección a Las Heras.

A Zulema le bullía lo esotérico pero no llegaba a las andanzas esfíngidas de los remotos Carcamanes y tenía un sentido de mayor actualidad sobre lo metafísico. Sostenía que los que partían, si había quedado alguna cuita irresoluta, volvían en forma de presencia al plano de los vivos para intentar ponerle punto final a lo inconcluso. «Las ánimas reclaman, pebete».

De hecho, algunas noches, se despertó antes de caerse de la cama, tras sentir que Alberto —Carlos Alberto Pedro Nosedá, según la Libreta Cívica—, su marido, la tironeaba de las piernas. Eran complementarios, el yin y el yan, y calzaban en casi todo sin rebordes ni deficiencia de encastre con pequeños trastornos obsesivos compulsivos como aquel que podríamos llamar *El de la sandía*. Alberto era fanático de la fruta, las compraba cada vez que viajaba por negocios, y regresaba muy contento con una sin calar para compartirla con Norma, la única hija del matrimonio, y sus sobrinos. Un atardecer, Alberto cumplió el ritual para disgusto de su esposa: a Zulema la sandía no le molestaba en sí, sino que su esposo la cortara sobre sus immaculados manteles de hilo de la mesa del comedor, dejándole manchas imposibles de quitar. En este, el último episodio de la *Citrullus lanatus*, ella anticipó la jugada, abortó la maniobra de Alberto, dejó sin el sabor dulce y fresco a Norma, sus primos Gustavo y Eduardo, levantó el fruto con sus dos manos sobre su peinado *bouffant* y, ganada por la rabia, lo arrojó por la ventana de la cocina hacia el patio con semejante puntería que, convertida en una pelota de rugby, el óvalo frutal rebotó entre las baldosas y una pared, volvió al comedor, carreteó sobre la pelada de su amado, picó sobre la mesa abriéndose y salió por el vano bajo, de calle, dividida en mitades, metiéndose en el cochecito de un bebé que era empujado por su mamá. No pasó nada demasiado grave, más allá del llanto del lactan-

te asustado y el lamparón borravino que provocó el licopeno del frutal al maridar con el hilado fino de la mantelería. Alborotada por ese y otros pendientes de la cotidianeidad de la pareja, unos años después se encargaría de interrumpir el sueño eterno de su cónyuge con el afán de descartar del balance una columna, la del Debe.

Cuando iba a primer grado, o a lo sumo en las vacaciones de verano antes de ingresar a segundo, se desmontó a la vuelta de casa la Fonda de Nievas. Por unas horas, quedaron sobre la vereda algunos objetos de cocina, parte del mobiliario y otros bultos. Fue un interesante duelo de perspectivas. A uno y otro lado de la puerta se formaron, espontáneamente, dos ramilletes de personas. De un lado, varias señoras se codeaban con un indisimulable placer. Lo consideraban un lugar aborrecible. Una de ellas, ingresó dos pasos, pasó un dedo por la pared y dejó un surco. Luego le mostró a Zulema, la convecina, la yema con una costra negra, olió la capa de grasa e hizo una arcada. Otra comentó horrorizada el día que entró un mediodía por un servicio de rotisería, y alguien, desde una mesa, se propasó. «A la primera que pida escalope, le toco el culo», anticipó uno de los habitués. Y cumplió sin remilgos, soportando el cachetazo con total hidalguía. «¿*Qué hace degenerado?*» «Cumplir una promesa, doña».

En el otro rincón, «las viudas de Nievas», un grupo de muchachos sumidos en una temprana nostalgia, velaban la que había sido, como muchos decían,

«La Oficina», entre los que se destacaban los arrieros de la Rural, Rivarola y Aguilar, y el Petiso Medina, con asistencia perfecta. Se acercó el Patón Raggio, como orejeando desde atrás, con una libretita debajo del brazo. Señaló al Negro Nievas y, con gesto de darle la extremaunción, farfulló. «¡No te des por vencido ni aún vencido!» «¡Qué barbaridad, las frases que saca!», codeó la Pancha Lemos a Medina en pleno gimoteo, atribuyéndole la autoría de esa parte del poema de Almafuerte. El Patón, sin adjudicarse la autoría, se apropiaba de textos preexistentes; los que habían leído menos lo hacían por él y lo trataban como si fuera el Faro de Alejandría.

Desde el interior, Nievas continuaba con la mudanza. Perón y Evita venían saludando desde las tinieblas, ubicados en dos cuadros dentro de una olla abollada repleta de telarañas.

Entre los descartes, algo envuelto con forma de pionono me hizo pensar que por fin había encontrado *la fórmula de la felicidad*. No tuve tiempo de ilusionarme, se trataba de un singular caleidoscopio por el que los parroquianos más insignes podían acceder a incisos tenebrosos de la subcultura de los boliches. Como me vieron inofensivo e interesado, me permitieron escudriñar una de las páginas más comentadas sobre aquellos tapetes de fórmica. Eran tres hermanos de Cañuelas a los que, para no competir con las noticias policiales, en los mentideros cambiaron sus sobrenombres. El mayor, el Chupa, era un matón consumado, que hasta para definir sus

amoríos con mujeres casadas o comprometidas sabía aprovecharse del pánico que generaba. Era malhumorado y orgulloso. Un día se hizo el vivo con el del medio, Chocho. Lo maltrató en la estación Plaza Constitución, discutieron, se burló, lo insultó y le tiró un golpe. Chocho reaccionó. Le devolvió la trompada, pero hizo blanco. Los separaron. Chupa se quedó con la sangre en el ojo y dentro de la boca con un corte interno en el labio. Chocho olvidó el tema. Chupa, no. A los meses coincidieron en una carrera de cuadreras, donde apostaban fuerte. Hasta lo que no tenían. Chupa iba a jugarle a un caballo que, Chocho se enteró, iba para atrás.

—No le jugués, hay tongo. Ese caballo va a menos, vas a perder todo.

—¡Vos me querés cagar! ¿Qué te metés? —Chupa se le fue encima—. Mirá que va a ir para atrás, pero qué me decís ¡la puta que te parió! —Chocho se lo sacó con un movimiento de torso y lo tiró en el forcejeo. Chupa no lo toleró, corrió doscientos metros hasta el auto del amigo que lo había acompañado que, él lo sabía, llevaba un revólver en la guantera. Volvió sin recuperar la respiración, cada vez más enojado. Se sentía abochornado delante de los burreros.

Otro hermano, El Polaco, que observó lo que pasaba y se dio cuenta que Chupa era capaz de cualquier cosa, se interpuso, cubriéndolo a Chocho.

—¡Correte, hijo de puta! Esto no es con vos —advirtió, pero no tuvo lucidez. Para sacar del

medio al Polaco no encontró nada mejor que dispararle y matarlo de un balazo para ultimar, tras un resoplo, a Chocho con otra detonación certera. A uno le dio sobre la tetilla derecha, al otro, sobre la izquierda.

Un policía que observaba la acción desde atrás de un árbol, con su pie derecho apoyado sobre el hilo bajo del alambrado, buscó la forma de terminar lo que en su especulación podía ser una aniquilación aún mayor, pegándole al Chupa un tiro por la espalda. En treinta segundos, tres de los hermanos que los creadores del caleidoscopio rancio eligieron denominar Echesortu, finaron sin agonizar, a la vez.

Nievas se rehusó a que se organizase una despedida. Bajó la persiana con los ojos enjugados y con la uña larga y esmerilada en punta del meñique de su mano derecha con que pinchaba papas fritas o violaba las yemas relucientes de huevos pasados de aceite, se rascó una oreja por dentro, llevó el dedo a su boca y chupó el cerumen. Luego comenzó a cargar sin prisa los bártulos en una camioneta que le alquiló Renato Tróndoli.

En la etapa de rastillaje de datos que pudieran acercarme a mi curiosidad iniciática, traté de apoyarme en los conocimientos de Zulema, por su calidez y buen humor, adoptándola sin pedírselo como alter ego. Como la risa hermana, era familia ya que acostumbraba a intercambiar bromas pedestres con mi papá, quien me dejó como legado —espero que

algo se me haya contagiado— la ironía, las ocurrencias, las salidas graciosas y los retuécanos divertidos en la transmisión de la filosofía de que toda dimensión catastrófica puede despresurizarse a través del sentido humorístico y así afectarnos menos. Corrijo, bajo su prisma, las heridas del alma, los padecimientos, la conciencia de finitud, nuestras derrotas, son materia prima para el humor como producto de expresión.

Un mediodía Zulema inducía a mi Viejo a jugar en la Quiniela al 48, porque vaya a saber con qué disparador recordó al Vasco Irigoín, a quien Félix Martín Niveloni, fundador de la centenaria pompa fúnebre y primera empresa del rubro en la Provincia de Buenos Aires, preparaba para el entierro, cuando de repente Irigoín, quien en hipótesis había muerto sobre su caballo en viaje entre Cañuelas y San Miguel del Monte, se paró y se bajó del ataúd. Maceta Sánchez, quien no comprendía la catalepsia, desbordado por la situación forcejeó con el *finado* intentándolo acostar nuevamente en el cajón para redimirlo en sus macanas como un victorioso pírrico. Cuando, por fin, Irigoín logró vulnerar tanto al dependiente como al dueño de la empresa, alisándose las ropas y enojado por el imprevisto forcejeo, no pudo ni quiso contenerse.

—¡Qué manoseo! ¡Qué mal trato! ¡Yo en esta funeraria no me muero más!

El libro de los sueños de la lotería que había debajo del mostrador del negocio de electricidad que

teníamos en casa, ilustraba al número 48 con la imagen de un hombre demacrado, en actitud parlante, parado sobre la expresión «*il morto qui parla*». La frase en italiano era ocurrencia de los editores de la publicación, 99% impresa en castellano, ya que pese a la descendencia no recuerdo a mi papá detenido en los usos y costumbres de sus abuelos. Recién cuando algunas nuevas generaciones de la familia decidieron mover el árbol genealógico, con deseos de duplicar su ciudadanía, cayeron algunos pocos frutos, y ahí descubrí que mi bisabuelo Michelangelo había llegado a la Argentina desde Molo di Borbera, una aldea de Alessandria con ciento treinta habitantes en la actualidad, situada a pocos kilómetros de otro pequeño poblado con el que podemos darnos *dique*: Roncoli. La bisabuela Lucía Marchesotti era de la zona, y se casaron en sus pagos, en Cantalupo Ligure. Juntos descubrieron que el amor podía ser un barco en movimiento, y el futuro un horizonte que se volvía cada vez más próximo, a medida que se acercaban al Puerto de Buenos Aires. El piamontés de 24 años se empleó como agricultor en la zona de San Vicente, donde nació mi abuelo. La llanura era un juego de niños para un hombre habituado a desarrollar su tarea en las laderas de empinadas montañas y un tesoro la exuberancia y variedad alimenticia para quienes conocían que la hambruna habla por las tripas. La Italia ungida unificada produjo una diáspora inevitable: faltaba mapa y escaseaba el pan. Hasta Cañuelas los trajo un viento despeina-

do, de verano, y en la nueva residencia Lucía parió al menor de sus dos hijos. Gregorio Luis Roncoli consiguió que su hermano mayor le aplicara el Derecho de Admisión para el ingreso a su boliche por una razón que enumeran vagas referencias de puño y letra, sobre hojas amarillentas pulverizadas por el transcurrir. Goyo había demostrado una particular habilidad para ingresar subrepticio al local, fomentar una cuña en una discusión, ganar la atención de los presentes, fingir una crisis nerviosa, monologar sobre su angustia, tomando un sombrero que nunca era el suyo de alguno de los percheros y estrujarlo en pleno desenlace de ira, mientras su propietario, resignado, se preocupaba más por consolarlo que por cómo iba a quedar de maltrecho su chapeo. La chanza podía considerarse eficaz cuando el afectado dejaba su chambergo para el arreglo en alguna de las tiendas de moda de la época de las que, sin excepción, Gregorio Roncoli era el sombreroero tras bambalinas, como así lo hizo en Casa More, un comercio destinado exclusivamente a ese accesorio. Zulema Nosedá conservaba un ejemplar manufacturado por mi tío abuelo de quien había sido uno de los primeros carteros del pueblo: Inocencio Olguín. En el interior podían atisbarse los restos de una broma. Cierta tarde, en su día franco, Inocencio se había sentado a descansar en el umbral de la tienda Casa Garzón, acunado por un sol mullido y tibio, con su sombrero boca arriba en la mano. Fue el momento preciso para que los chicos del barrio

lo llenasen de huevo podrido y lo despertaran de un grito. Sobresaltado, Mondongo Olguín, como lo llamaban, se calzó el funyi desatando el enchastre, llenándose de un olor hediondo, que por un largo tiempo quedó impregnado en su yelmo de paseo. Como su reparto abarcaba los arrabales y el centro, dividía su recorrido en trayectos a caballo y bicicleta. Mondongo solía pararse en la puerta de su casa de Independencia y Del Carmen con aires de bacán y, según las malas lenguas, que se pavoneara en la senda peatonal con el cabello tirante y los pulgares calzados en los tiradores de su pantalón era el anzuelo para aquellos que lo requerían por su otro rebusque: en un momento transmutó su fama de mujeriego por la de *cafishio*. Inocencio no sabía ni leer ni escribir, y en el correo le acomodaban las cartas de tal manera que, mediante un ejercicio de nemotecnia propio tramado con ramas de tamaños diversos, jamás falló en la entrega de ninguna correspondencia, caracterizándose por su velocidad, ya que a sus dotes de entretenido los desarrollaba al culminar las jornadas, con paradas en varios boliches con la Confitería La Real como sitio de gala, con notables partidas de billar que lo tenían como animador. En las primeras décadas del siglo XX los iletrados eran mayoría, por lo que ese rasgo de Olguín no sobresalía. También le acomodaban las cartas de igual modo al cartero de Uribelarrea, Benigno Luna, e incluso Alberto Rasmussen, último repartidor de a caballo, quien para organizar las entregas necesitaba de la asistencia de

su vecina Ana Garavaglia o de Pedro O’Gorman, de amplia labor en correos y telecomunicaciones. Personal y caballeresco, una vez ordenado su recorrido, Rasmussen por intuición solía aromatizar los sobres con hojas de su jardín de la casona inveterada de San Vicente y 25 de mayo. Si suponía que una misiva guardaba una propuesta amorosa usaba un pétalo de su rosal, y si, por ejemplo, pensaba que el contenido del mensaje podía generar un dolor profundo perfumaba la correspondencia con hierba de San Juan. A veces estos olores eran derrotados en sus alforjas por el perfume del tuco que preparaba Doña Ernesta, su compañera, cualificada artista de los tallarines amasados a mano y cortados a cuchillo. Los vecinos de entonces, enamorados del vaho a salsa que recorría su cuadra, podían dar fe del cuidado que le brindaba el cartero a su zaino, ya que se encargaba de acicalarlo, cepillo y esponja en mano, mientras le silbaba melodías en el galpón trasero de la vivienda asentada en barro, que aún se mantiene original y de pie, con la intervención de filigranas florales sobre los zócalos exteriores.

Unos estadios de colores similares a esos, capaces de imponerse al moho y el avance del óxido, pinté en un sueño recurrente durante algunos años sobre las paredes de la gran tina de agua llovida del patio de la abuela Enriqueta. Desde allí, iba en una olla al fuego el contenido del fuentón de hojalata en el que me bañaban cuando era niño, bien niño. El acontecimiento transcurría en la cocina de casa, y algunos

sábados se daban cita para ver el espectáculo familiares de las dos ramas y amigos de la manzana, entre los que, por supuesto, supo estar Zulema. La reminiscencia barrunta de manera muy concreta que la gente debía andar muy aburrída y, a juzgar por la anécdota que me rescata de esa bruma que provocaba el hervor húmedo, me dedicaban comentarios elogiosos, suspiros y hasta algún aplauso cuando mamá con ayuda de alguna madrina, tía, vecina o la misma Enriqueta, me sacaba de la improvisada bañera y me envolvía en un gran toallón celeste para secarme antes de que me contoneara cuando me ponían talco, de culo al horizonte. Desde el archivo sonoro, devienen algunos «¡Danielito!», «¡Qué bonito!» o «¡Es hermoso!» que me condicionaron faltamente. Lejos de cimentar una carrera como strippers, esas voces laudatorias me dejaron muy desamparado en la relación con mi cuerpo y el desnudo ya que cuando de adulto me comencé a sacar la ropa jamás recibí vítores, ovaciones, elogios, ni nada que se le parezca. Es más, ya afianzado en mis conocimientos como intérprete, me presenté a una audición para un papel en una obra teatral con matices eróticos, en la que los dos protagonistas tenían escenas en las que debían quedarse como Dios los trajo al mundo. Mi entonces compañero de clases de teatro, Emiliano Burstein, a cargo del casting, encontró una somera elegancia para decirme que no había calificado como adonis.

—Te conseguí un laburo —me dijo, extendiéndome una tarjetita—. Como para que vayas ganando

do unos mangos hasta que aparezca un papel como el que tu talento se merece...

Lo más calamitoso del rechazo es que necesitados de mano de obra no calificada me tomaron en Ugi's, pero no en un local de la pizzería, que hubiera sido lo más conveniente para mi realidad presupuestaria y el de mí alacena. Tuve que presentarme en un centro de logística, en Almagro, donde fui a un sótano a armar las cajas troqueladas con que proveían a sus negocios del centro. Duré 48 horas. Comer una pizza entera era una utopía, cada dos mil dobleces te acreditaban, a la semana, el valor de una porción de muzzarella. Pan duro para un desdentado.

Si todavía estoy acá, sobrevivido, es por el amor y el agua llovida con que me bañaron en mí primera infancia.